

HIJAS DEL DIABLO

ANA B. NIETO

HIJAS DEL DIABLO



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: mayo de 2025

© Ana B. Nieto, 2025
© de la presente edición: Edhasa, 2025
Diputació, 262, 2^o1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6476-7

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 6186-2025

Impreso en España

Para mi hija Esther

«Las mujeres ya no lloran, las mujeres facturan»,
Shakira Mebarak

Sumario

Mapa	13
Libro I (1837-1852)	23
Libro II (1852-1856)	91
Libro III (1870-1872)	237
Libro IV (1872-1878)	377
Libro V (1880-1915)	443

MADRID, 1856



1. Plaza de Santo Domingo / Progresistas - Manuel Becerra
2. Palacio Real / Conservadores
3. Calle de Toledo / Barricadas populares progresistas - Pucheta / Conservadores -
Concha
4. Puerta de Toledo
5. Ministerio de Guerra / Conservadores - O'Donnell
6. Puerta de Alcalá
7. Congreso de los Diputados / Progresistas - Sagasta
8. Convento de Jesús
9. Los Jerónimos / Conservadores - Serrano
10. Portillo de Embajadores

1.

Irún, diciembre de 1876

Baldomera va en serio, ya le da igual si es legítimo o un crimen. No piensa bajar el cañón de la pistola.

Es la misma con la que su padre, Larra, se voló la tapa de los sesos, así que tiene claro lo que es capaz de hacer.

Emilia, delante de ella, tampoco piensa ceder. Ella también empuña la pistola de su padre y, con más razón si cabe, porque es la de un inspector de policía. No le tiembla la mano, que, aunque fina y joven, es la mano de la ley.

No va a dejar que su presa se le escape.

Le da bastante igual que Baldomera sea mujer, mayor y madre de familia numerosa. La justicia es igual para todos, sobre todo si hay en juego veintidós millones de reales.

Sólo queda saber cuál de las dos dispara antes.

–Deme el dinero ahora –dice Emilia, elevando la voz para que no la borre el viento– y estarán a salvo, usted y sus hijos, tiene mi palabra. Pero hoy tiene que volver conmigo a Madrid. Y hacer frente a sus deudas.

Baldomera niega con la cabeza. ¿Cuántos años tendrá la cría ésta? ¿Veinte? ¿Qué sabrá ella de la vida? Fíjate si su caso será poca cosa que han enviado a una niña a detenerla. Y a pesar de todo le parece fiera, decidida. Con ésas hay que tener mucho cuidado, porque no tienen nada que perder. Se creen todavía que están salvando el mundo.

Su expresión es glacial, como los pozos de nieve del centro de Madrid. Va vestida de burguesa, así moderna, pero sus formas son las de una noble. Niña bien. Tras esa voz helada hay mucho libro y buenas intenciones..., pero muy poquita calle.

Ella, en cambio... ¡Ja! Ya va de vuelta y media. Sabe lo que es quedarse sola con cinco hijos, hambrientos y con frío, y tener que sacarlos a todos adelante. Como se pueda y con lo que va encontrando, sin dejar de aparentar que le va bien, que ellos son unos Larra, que el bache no es para tanto. El bache dura ya cuarenta años, que son los que lleva muerto el padre.

Pero siempre se le ha dado bien improvisar. Ya se le ocurrirá algo.

Todo lo que ha hecho ha sido por necesidad, no un crimen, como dicen, no una estafa. Para estafas, las de la vida, el matrimonio y el Estado. ¿Cómo va una niñata a entender nada? Es una estatua de hielo, que no atiende a razones. «¿Es que no tienes corazón?».

Baldomera aprieta aún más fuerte la pistola en una mano y la bolsa de reales en la otra.

—Aún eres muy joven para entenderlo. Anda, vete a casa.

La chica aprieta los labios, con furia inesperada. «¡Esa señora cree que todo es un farol!». Agarra con más fuerza el mango de su pistola. Mueve el cañón con suavidad hasta que el punto de mira se alinea al entrecejo. Su dedo tiembla de tensión sobre el gatillo.

Odia que la subestimen, que es lo que hacen los otros policías todo el tiempo. ¿Por qué no iba a ser capaz? ¿Eh? Para disparar no hace falta fuerza bruta, puede hacerlo una mujer perfectamente, aunque sus dedos finos sean de aristócrata. Sólo hacer falta tener lo más grande y lo más importante: la razón. Sentido de la justicia, saber qué es lo correcto. Y, de todo eso, ella va más que sobrada.

Baldomera es, ahora mismo, todos los criminales del mundo. Los que se escapan por falta de pruebas, los que hu-

yen amparados en la noche, los que nunca llegará a encontrar, y los que se le aparecen en todos esos libros y periódicos que colecciona y que guarda en un lugar secreto, bajo su cama.

Sin la ley estaría perdida. Se revolcaría en su propia mente. Divagaría en círculos y se llenaría de ideas oscuras acerca de brujas, pesadillas, fantasmas, criaturas muertas y otras cosas terribles en que no debe pensar. Pero en la ley ha encontrado una certeza. Una verdad inmutable, como la estrella Polar.

Tiene que hacer justicia, de la manera que sea. La ley es el Camino, la Verdad y la Vida.

—Pero, ¿usted se ha visto, señora? —increpa a la fugitiva—. ¿Qué van a pensar sus hijos? ¿Cómo va a seguir así, huyendo por toda Europa como cualquier ladrona? ¡La que se tiene que ir a casa ya es usted!

—Vámonos ya, madre... Aquí no tenemos nada que hacer.

Entonces Emilia los ve, a los dos chicos. Hasta ahora no había reparado en ellos porque, de tan obsesionada que estaba con la presa, sólo tenía ojos para ella. Son los escoltas de la madre.

Luis, de quince años, está apoyado en el lateral del carruaje. Al acabar la frase tiene un acceso de tos que parece que va a echar los pulmones sobre el suelo de nieve. Carlos, de diecisiete, espera en el pescante con las riendas preparadas. Al cruzar la mirada con Emilia, las tensa de un tirón.

Carlos apenas tiene un par de años menos que ella. Ese chico debería ser valiente, bajarse del pescante y empuñar él mismo la pistola. O, mejor aún, debería hacer entrar en razón a su pobre madre para que volviera a Madrid y se enfrentara al juicio de la Villa y a la cárcel. Que tomara responsabilidad sobre sus actos criminales. Es la única manera de que todo esto se acabe. Todo lo demás es prolongar el final.

Baldomera no le quita el ojo al puente que cruza el Bidasoa: la nieve lo ha alfombrado hasta cubrir los raíles, por donde, habitualmente, pasa el tren. Ésa es la única vía que

tienen. De Irún a la libertad ya no hay más que unos metros. Su nueva vida la espera, más allá de la frontera...

—¡Ni se le ocurra moverse! —la amenaza Emilia, que ha descifrado su mirada en la noche.

Dicen de Baldomera Larra que es todo un prodigio calculando. Tiene fama de que, al final, siempre le salen las cuentas.

Los copos caen sobre ambas mujeres, cazadora y presa. Se les enredan en el pelo y motean sus ropas de un blanco luminoso. Baldomera, que ya pasa los cuarenta, lleva un vestido y un abrigo pardos, de artesana, buscando el incógnito. Emilia, en cambio, viste un traje de chaqueta y falda, austero, pero de excelente paño, rematado en terciopelo. Se le nota el estatus hasta en cómo respira.

Ambas permanecen firmes y muy quietas. De seguir así, la nieve podría preservarlas, como a montañas cubiertas.

—Estoy segura de que eres muy buena muchacha... Como mis hijos. Yo no quería que pasara nada de esto, créeme. Fue todo... algo desafortunado, pero sin mala intención. Yo pensé que podía ayudar a la gente, con mis préstamos. Y que ellos podían ayudarme a mí también. Todo iba bien al principio, todos ganábamos dinero, pero luego... La prensa estaba llena de envidiosos que se pusieron a hablar mal de mí y de mi negocio. ¡Que era lícito! ¡Funcionaba bien! Se pusieron en mi contra... Y yo ya no sabía cómo hacer para pararlo... No sabía...

—¡Emilia!

Es el inspector Joaquín Marquina, que llega al galope y descabalga, a dos pasos de su hija.

Sólo pasa un momento, en que la muchacha se despista y vuelve la cara, al grito de su padre. Tan sólo un instante de distracción, lo que tarda un copo de nieve en deshacerse, una vez tocado el suelo. Cuando Emilia quiere darse cuenta, el carruaje de la doña ha cerrado de un portazo, arranca, traquetea. De un latigazo, vuelan los cuatro caballos que lo arrastran.

—No, no... ¡No!

Emilia levanta la pistola y apunta a la ventana, pero Marquina intenta arrebatársela.

—¡Para, Emilia! ¡Ya basta! ¡Se acabó!

No quiere que, tan joven, sume a su cuenta sus primeros muertos. La fugada es una madre de familia, ¡por el amor de Cristo! Y conocida en la alta sociedad... ¡Es la hija de un escritor famoso! ¿Qué va a pensar la gente? ¡No puede pegarle un tiro así, sin más!

—¡Suelta el arma! ¡Suéltala te digo!

A Emilia todo eso le da igual. Baldomera no es más que una maldita estafadora: hay que llevarla a juicio, recuperar el dinero, meterla en la cárcel... ¡No va a permitir que se burlen de la policía! Su padre debería saberlo mejor que nadie, la autoridad policial lo es todo. ¡Es la que nos salva de la barbarie! Se lo quita de encima, de un empujón, y sube al caballo.

Ciega por cumplir con su misión, galopa hacia el puente de hierro y piedra, que es demasiado estrecho, apenas lo suficiente para contener el tren entre dos rejas, y donde la nieve no permite ver el lecho de traviesas. El padre palidece, no le responde el cuerpo, cuando la ve. Va enfilada hacia el atolladero.

Baldomera se asoma por la ventana de la diligencia: la muchacha es una mancha oscura sobre la nieve blanca y corre, desesperada, sobre el caballo negro. Parece de ese tipo de personas que no paran ante nada y que se llevan a alguien por delante antes de morir. Mientras la siga persiguiendo no tendrá ninguna paz.

No puede permitirse pensar. Tiene que seguir huyendo hacia delante, como lleva haciendo desde que todo explotó.

El carruaje acelera con una fuerza arrolladora; los cuatro caballos vuelan bajo una lluvia de fustazos.

—¡Más deprisa! ¡Más deprisa!

Encarrila el puente, suicida.

La caja traquetea como llevada por el demonio, inestable, dando bandazos sobre el puente tramposo, que amenaza con la catástrofe. Marquina, a lo lejos, palidece de angustia cuando ve a su hija ponerse en paralelo.

El ruido de los cascos de los caballos enmascara el sonido brutal de una locomotora, que acaba de emerger de entre las capas de la noche y hace sonar su pito, como un aullido que atraviesa carne y piedra.

Es el tren de Irún, que viene hacia el puente, en dirección contraria. Su única vía está invadida. Las va a arrollar a las dos.

Y entonces la angustia da paso al terror.

—¡Más fuerte! —grita Baldomera, asomada a la ventana—. ¡Más rápido! ¡Más rápido!

Su hijo azuza a los animales con crueldad, con la vista fija en la mole de hierro y de carbón, que se acerca a toda máquina. Un monstruo negro que ha parido la noche cavernosa.

Emilia también lo ve, pero no se arredra y continúa. Es sólo un inconveniente para ella, una parte más del reto. Nada que no pueda manejar. Está en juego una locura de dinero, ¿qué pretende? ¿Que la deje irse, sin más? Es más del presupuesto de un año de toda la policía y de la guardia civil. Con él podrían evitarse tantísimas desgracias..., pero también están en riesgo sus convicciones. No hay nada peor en el mundo, nada es más corrupto y venenoso que la impunidad. Simplemente, no puede dejarla ir.

Se alinea como puede, encuentra al fin la brecha suficiente y adelanta al carruaje hasta ponerse a su altura. Si lo pasa de largo, podrá cerrarle el paso cuando salgan del puente. Tendrá toda la ventaja.

El ruido de los cascos es una tormenta sobre la piedra, amortiguada por la nieve. Son hasta veinte las patas golpeando. El carruaje protesta por las velocidades frenéticas, que hacen chirriar las ruedas allí por donde asoman los raíles, en el roce, con un estruendo agudo e infernal.

El eje sufre tanto que se va a hacer pedazos todo el carro. La madera tiembla con una tensión extrema.

Emilia adelanta hasta la rueda delantera... Ya sólo le queda pasar a los caballos y lo habrá conseguido. La mole del carruaje se desplaza de lado, la presiona contra la reja lateral, previa al abismo del puente. Se estrecha mucho más, hasta que apenas queda espacio. Está a punto de aplastarla.

El tren ya está muy próximo. Les va a pasar por encima. El pito los ensordece a todos y remata su grito con una vaharada de vapor, blanco y retorcido como una columna salomónica, hacia el cielo negro y cerrado.

Emilia sabe que se juega la vida, pero no le importa. El carruaje la cierra contra la reja, cada vez más, y ella envara su cuerpo en el galope, para no caer. La mole da otro empujón lateral y la golpea, casi la tira del caballo. Emilia se asusta entonces, porque ya no lidia con la idea abstracta de la muerte, sino que siente el choque en sus carnes. Es demasiado real. Debe ceder porque ya no queda espacio. Si sigue así, morirá con el caballo, entrampadas las patas en algún punto de la valla.

Tensa las riendas con un tirón salvaje, pero el animal se sobresalta, preso del terror. Resbalan en la nieve sus suelas de metal.

Un último bandazo las empuja hacia el abismo.

Vuelcan juntos, caballo y mujer, al Bidasoa.

El inspector Marquina los contempla mientras se precipitan desde el puente, dando vueltas en la noche. Una criatura hecha de sombra, informe y fantástica, contra el resplandor del agua. Hoyando una mancha, negra como un pozo, sobre el camino de plata de la luna.

El carruaje de Baldomera logra al final salir del puente y Carlos, de un movimiento rápido y atroz, logra esquivar la muerte y salir por la derecha. El tren arrolla el puente con toda su violencia, mientras los fugados se desvían y continúan camino, tierra y lodo a través.

En el interior del carruaje, Baldomera Larra recupera el aliento, después de tantos nervios y de sentir la desgracia atravesada en la garganta. Mira la luna llena por la ventana, sintiéndolo mucho por la muchacha, tan joven y voluntariosa. Ojalá que sobreviva a la caída, aunque eso ya no es cosa suya.

Entre los dedos crispados aún sujeta la pistola maldita de su padre.

Esa que la convirtió, hace cuarenta años, en hija del diablo.

LIBRO I
1837-1852

2.

Madrid, 13 de febrero de 1837

Ya es mediodía en el Café de Venecia, pero viene tan plomizo y tan gris que han llenado las mesas de quinqués, porque las gentes casi ni se ven las caras. Y, sin embargo, entre tanta penumbra, Mariano José de Larra resplandece de alegría.

Cualquiera diría que le ha tocado un premio o que le ha llegado carta de una herencia inesperada.

Hoy no le molestan ni el ruido de las bolas de billar ni el humo de los cigarros puros de La Habana ni tan siquiera el frío, que parece colarse por el ventanal plomado. Tampoco le incomodan los titulares de periódico, cosa rara, que eso suele dejarlo del revés ya para el día completo.

Hoy todo le parece bien.

¡Dolores! Amada, adorada, maldita y sobrehumana... ¡Ella! Ha tenido a bien darle una cita. Después de meses, ¡de años!, de esperar.

A primera hora llegó a casa la carta de sus sueños, con las mejores noticias: la esperanza de verla, por fin, en persona. Y él siente como le cambia el rumbo de la vida.

Es pleno febrero, pero vuelve Dolores y sale el sol en cada esquina.

Se ha preparado a conciencia en la casa de baños que hay bajo su casa. Se ha dado uno de los buenos, de los largos y sin prisa: en pila de mármol, con chorro y regadera. Luego ha llamado al barbero, que le ha dado en la barba con el ja-

bón de almendra negra y se la ha recortado según la última moda. Unas gotitas de Witiber y listo.

«Cualquier dama que se incline hoy sobre usted va a desmayarse de la pura delicia».

Larra casi delira con semejante idea. Piensa en la trenza negra y sevillana de Dolores, cayéndole por el hombro como si fuera una boa. Uniéndoles a ambos, en un lazo perpetuo de deseo.

El camarero deja el periódico ante él, sobre el mármol de la mesa.

«Luis Candelas roba a la modista de la reina y se lleva setecientos treinta y cinco mil reales».

–¡Qué barbaridad! –exclama, sin poder evitarlo.

Es una auténtica bomba.

El camarero sonrío. Suele guardar las distancias, porque un hombre como Larra sólo habla con los de su gremio, periodistas, poetas y editores, pero hoy parece que está de buen humor.

–¿Verdad? ¡Un fenómeno, el Candelas!

–¡Si es muchísimo dinero!

–¡Y que lo diga! ¡Y eso que cada vez trinca más!

–No. Si lo digo más bien por la modista.

El camarero se fija mejor en la noticia y se esfuerza en entender.

–¡Pues no lo había yo pensado! ¡Sí que es mucho monís por hacer faldas y coser levitas, sí! ¡Casi un millón del ala!

–Y ésta no es una modista cualquiera. Mire aquí.

–Laaa... mo-dis-ta de su ma-jes-tad. ¡Anda! ¡Que es la que le hace a María Cristina las mantillas!

–¿Y tanto terciopelo y tanta seda quién se cree usted que los paga?

–Pues... ¿la reina?

–¡Pues claro que no, hombre! ¡Piense un poco!

–Pues, no sé..., ¿el tesorero real o... quien sea que le lleva los dineros?

–¡Usted y yo, amigo! ¡Con nuestras contribuciones! ¿Es qué no se da cuenta?

–¿Usted y yo, dice?

–Evidentemente. ¿Necesita tanta ropa esta señora como para que la modista viva como otra reina más?

–Señor Larra... –El camarero titubea, moviendo la cabeza hacia los lados–, que al final se va a buscar usted un problema –se inclina sobre él–, que ni a la corona ni a la iglesia ni a los jueces los respeta...

–Le digo yo que robar, lo que se dice robar, roban todos los hombres y las mujeres del mundo. Y los que se dicen «de bien»..., ¡ésos roban los que más! Que hay dos clases de ladrones, los vulgares y los decentes. Y ese Candelas es un ladrón vulgar. De los de muy poca monta...

–¿De poca monta Candelas? ¡Pero si es el bandolero más famoso de Madrid y parte del extranjero! ¡Que no hay café ni taberna donde no se hable de él!

–Doña Vicenta, en cambio..., la modista. Ésa es ladrona decente. De las que roban por pasatiempo y por gusto. ¿Que tienes hambre? ¿Que robas una peseta, exponiendo tu miserable vida? Morirás ahorcado, no lo dudes. ¿Que no lo necesitas? ¿Y que robas millones a una nación entera, desde la base del trono y sin mover un dedo? ¡Ahí la tienes! A doña Vicenta, viviendo rica y respetada..., forrada hasta el riñón sólo por dar cuatro puntadas. Para prosperar en la vida no hay más que una regla: robar uno más de lo que le roban.

–Pues yo a la señora ésa no la conozco, pero a mí Candelas me cae bien y a mi mujer ni le cuento. Y no es un caso aparte, ¿eh? Que lo adoran todas, como a los actores de teatro y los toreros –se agacha un poco, en confidencia–. Y es que, además, reparte los dineros, que tengo yo compañeros en el gremio... diciendo que no hay taberna que Candelas no tenga bien surtida. Así que espero que no lo cojan nunca.

–¿Ha oído usted hablar de Esparta?

El hombre se hurga la oreja con el dedo.

–Yo he oído hablar del esparto y no se crea que mucho.

–Pues allí, en Esparta, había una ley por la cual no se castigaba el robo, sino sólo la torpeza del que no sabía robar... Pues aquí, en España, igual. No se castiga el delito, sino a los tontos que se dejan coger. Y los que no se cogen... pues no se ahorcan.

–Quia, pero éste no se va a dejar... Cada vez que lo encierran se escaquea. Es un mago y se las sabe todas. ¡Mire este robo, por ejemplo! ¿Qué mejor día que un domingo de carnaval? ¡Todo el mundo alunado y a lo suyo!

De repente, se acerca el dueño del café, con mala cara, y ambos callan. El camarero espabila y se aleja, discreto, repartiendo la prensa entre las mesas.

«Hay que ver cómo está el país», se desespera Larra. «Aburren los honestos y se aclama a los ladrones...».

–Su queso helado, señor. Y su bebida.

Sobre el mármol deja el mosto agraz, que baila atravesado por la luz del quinqué. Los cristales de hielo, amarillos y verdes, dan vueltas en el vaso. Hacen dibujos de fantasía en la piedra. Revolotean, como las mariposas en las tripas del poeta.

Ya sólo quedan horas para ver a Dolores. ¡Unas horas sólo!

Apenas puede comer, no le entra un simple queso. ¿Por qué será que el amor nos consume de esa forma? Ya sea cuando llega o cuando le toca irse. Porque nos da las mayores esperanzas, de algo inmenso y superior..., o porque nos las quita de un tirón, como la alfombra de debajo de los pies. Dolores se lo quita todo: el apetito, el sueño y el sosiego.

–¡*Queyo* eso!

Entra una niña corriendo, todo rizados bajo el sombrero, que ha escapado a su niñera. Envuelta en un abrigo negro, a rebosar de lazos. A punto está de derribar al camarero.

–¡Santa María, madre de Dios!

–¡*Queyo* eso!

Se planta junto al platillo de Larra y lo señala. No levanta ni dos palmos del suelo. ¿Qué tendrá? ¿Dos años? El pelo es muy negro para una edad tan corta, pero es graciosa y muy risueña... Y, desde luego, no tiene vergüenza. Sabe muy bien lo que quiere y cómo conseguirlo.

A Larra le saca una sonrisa. Hoy sería capaz de sonreírle hasta al cobrador de impuestos.

–¡No se dice *queyo* eso! ¡Se dice queso! ¡Que-so, nada más!

–*Queyo* eso, rico queso...

–¡Tenemos una poetisa en la sala!

Larra se ríe a carcajadas ante el gesto cómplice de la niñera, que los mira discreta y satisfecha, con las manos cruzadas por delante.

Él observa a la niña a luz del quinqué. Le coloca los rizos, sobre la pechera fruncida del vestido.

–Me la llevo al Parnasillo a recitar. ¿Cómo se llama nuestra pequeña genia?

–Baldomerita de Larra y Wetoret.

Él retira la mano de esos cabellos negros, como carbones que aún quemaran, porque son también los suyos.

Es su propia hija, a la que nunca ha visto antes.

La niña lo mira con los ojos como platos. Son muy negros y brillantes, como la tinta cuando aún no ha escrito nada y lo hipnotiza y lo ahoga, desde las profundidades del tintero.

Así que ésa es Baldomera, la niña de Pepita. Esa hija suya, que nació después de separarse, y con la que no quiere tener ninguna relación.

La niña sigue mirándolo, como si le pidiera explicaciones.

Pepita insiste en colgarle su apellido. ¿Es realmente su hija? Quizá, es muy probable, pero... ¿otra atadura más? ¿A un matrimonio del que ya sólo quiere escapar? ¡Él necesita ser libre! Paga y paga, que para eso está, a Pepita y a los niños no les va a faltar de nada. Con Luis y con Adelita le gusta ejercer de padre..., pero esta cría, nacida tras un matrimonio roto... No es más que una extraña.

Esa Baldomerita llega tarde, muy tarde, a un drama terminado hace ya tiempo. Viene a amenazarlo como una sombra, desde una vida que no existe.

—¿Cuántos años tiene la niña?

—Casi dos.

—¿Tanto hace ya...?

—¿Subirá a ver a Pepita?

Él asiente.

—A eso he venido.

Está claro que la niñera lo ha reconocido. El piso está a la vuelta de la esquina, rodeando el teatro.

—No le diga que nos ha visto, por favor —dice la mujer, alterada—. A la señora no le gusta que estemos delante cuando usted...

—Descuide.

Larra extrae la cadena de su reloj de oro, pulsa para abrir la tapa y mira la hora. Se levanta, se estira la levita y deja unos reales encima de la mesa.

El queso helado ya se ha derretido y se queda sin probar, abandonado.

* * *

Larra sube las escaleras de mármol de Visitación número 14, ese piso que le trae mil recuerdos, aunque sólo vivió en él durante seis meses.

Era caro, además. Casi cuatro mil al año..., pero aún recuerda aquellos meses con especial cariño: porque fueron los últimos de su vida en familia, todos alrededor del fuego y de la mesa grande para cenar. Antes de que entrara Dolores, como un barril de pólvora, y lo hiciera saltar todo por los aires.

Dolores..., tan hermosa y fiera. Irresistible. Ella es quien le ha traído la revolución total. Él necesita ser rebelde y auténtico, acabar con esas normas sociales que le matan la crea-

tividad y la inspiración. Dolores le ha arrebatado el alma y, en su lugar, ha dejado la sombra fértil, inmortal, de la literatura.

Suspira, con el pecho cargado de anhelos, y duda antes de tocar la puerta de Pepita. Mete la mano en el bolsillo y soba su cerillera de caoba, con insistencia, pero al final desiste del cigarro.

Uno tiene que mostrarse fuerte ante las mujeres, en general, pero mucho más si en el pasado existió amor, admiración o deseo. ¿Qué es lo que hubo en el caso de su antigua mujer? Si con sólo veinte años se dejaron arrastrar al altar como corderos, sin tener idea alguna de lo que les esperaba. ¿Por qué nadie te cuenta lo que es el matrimonio de verdad? ¿O la paternidad? ¿A qué viene este engaño comunal? Empujan a los jóvenes, ciegos, a las zanjas de la vida y luego a ver si salen adelante. Es una estafa en toda regla, de los de arriba hacia los de abajo.

Es Pepita misma la que abre la puerta. Tiene tos y se cubre la boca con un pañuelo, por lo que Larra no sabe si sonríe o, por el contrario, le dedica una mueca de reproche. Lo invita a pasar y le señala la consola de la entrada, donde las tarjetas de visita, para que deje la chistera de seda y los guantes. Él la ignora a propósito y decide conservarlos. Se sujeta con fuerza a su bastón de caña.

No sabe ni cómo empezar.

Dolores es poeta, como él. Una mujer que comprende sus letras, sus desvelos y sus noches sin dormir. Culta y sin hijos y con mucho tiempo libre. Con ella puede hablar durante horas en la tertulia y los cafés. Sobre cómo está España, sobre las maravillas de Oriente, sobre las artes... Es su amiga del alma, su afín.

A la mujer que tiene enfrente no sabe qué decirle. Pepita no le encuentra la gracia a unos versos de Cadalso, no sabe qué les ven. Ella sólo le habla de dinero, de la escuela y de las alubias del mercado. Le pregunta por los zapatos, angustiada, que si mejor con lazos o sin lazos, como si eso fuera

una cuestión de vida o muerte. Pero ¿qué importancia tendrá eso cuando España entera se desmorona, cuando vive en el pantano de un atraso sin fin, de espaldas al progreso? ¿No sabes que la ciencia está librando una batalla épica contra la muerte? ¡Ay, Pepita, no me hables de zapatos! ¿Qué maldita importancia tiene eso?

—¿Cómo estás?

Él vuelve en sí y la mira como es, sin fantasías y sin ilusión. Es su vieja amiga y enemiga. Una señora mayor, envuelta en un vestido sin adornos y de permanente luto, con tres partos encima, que pesan como tres yunques. Cansada y con arrugas. Amenazada por un catarro que le da muy malas noches. Una mujer digna y seria, pero nada más. No puede construirse sobre ella ni un trazo de personaje.

—Bien. ¿Y tú?

Ella tose un poco.

—Mejor.

—He conocido a tu niña —dice él, sin rodeos.

—Vaya. Mira que siempre intento que no estén...

—Nos hemos cruzado. No es tu culpa.

Hay un silencio largo entre los dos.

—Es graciosa y va muy bien vestida —concede Larra—. Me alegro de que no os falte de nada.

Ella espera, por ver si dice algo más de Baldomera. Lo mismo no es tan malo que se hayan encontrado. Pero él no dice nada.

—Y... ¿cómo están tus padres?

—¿Mis papás? Pues allí siguen, en Navalcarnero. Aunque mi padre se aburre como un toro viejo. Aún tiene la consulta, pero por no estar mirando a las moscas. Yo creo que va a seguir curando pacientes hasta que ya no vea tres en un burro.

—¿Aún le habla en francés a cualquier dama que se cruza?

A Larra le cambia la cara y tiene un momento de silencio. Se suponía que ya había hecho las paces con «ese aspecto» de su padre. El del sátiro redomado.

–Hay cosas que con la edad van a peor...

–¿Y los niños?

–Adela está muy aplicada. No te preocupes por ella porque le hablo en francés todos los días y los criados la tienen impecable. En el colegio le están enseñando ya italiano. Y Luis sigue bien. Como siempre. Me han enviado los profesores su trabajo de José de Calasanz...

–Te ha dado tanta urticaria que ni siquiera lo llamas san José –sonríe ella.

–La verdad, es lo que menos esperaba. Habiendo tantas cosas sobre las que hacer un trabajo, ¿para qué demonios...?

–¡Tiene siete años, Mariano, por el amor del cielo! –ríe ella, divertida–. ¿De qué quieres que lo haga?

–Está hecho un escolapio modelo.

–Como tú.

Ella lo mira con una admiración antigua, que nunca ha desaparecido, pese a tanta distancia y abandono. Aún lo ama. Pero él desvía la mirada, incómodo.

–No consiguen que haga nada de ejercicio. Sigue hecho un tonelillo, ¿sabes? Un día de éstos nos lo devuelven rodando –por fin sonríe él también.

A Pepita le brillan los ojos negros, como cuando eran jóvenes.

–Hoy te veo más contento. Estás feliz...

Él la sigue queriendo. De alguna manera familiar y remota, con respeto, a pesar de todo lo que se han hecho mutuamente. Las traiciones, el desdén y los rechazos... Ella encontró una carta de los amantes, descuidada, y, en un ataque de celos, se la entregó al esposo de Dolores. Fue fatídico. Aquello acabó con todo.

Pepita tose un poco, ante el silencio de él.

–¿Por qué no salimos juntos? ¡Salgamos, Mariano! Me gustaría mucho ir de paseo y tú..., tú hoy estás muy diferente.

Pepita aún lo desea, como él a Dolores. Por lo visto, así es como funciona el amor: una cadena de hombres y mujeres